

El vecino desconocido

Durante el almuerzo y mientras damos buena cuenta de unas anguilas regadas con un clarete de la ribera del Tajo, Fonseca me da una clase magistral, garabateando sobre el mantel, acerca de los ejes cráneo-faciales de las razas del grupo 7. El estudio morfológico de este apartado que el presidente de la Asociación del Perdiguero Portugués ha realizado merece especial atención y aporta clarividencia y coherencia, a la vez que destapa la falta de rigor y la ambigüedad existentes en este punto incluso entre los máximos responsables de juzgar la morfología de los ejemplares presentados en concursos de belleza. Su trabajo, además, cuenta con la aprobación de varios doctores veterinarios y profesores de anatomía de la Facultad Veterinaria de Lisboa. Una muestra más de la dedicación y seriedad con que este grupo de apasionados por su raza trabaja. Y de este modo, claro está, los objetivos y mejoras se evidencian.

El día anterior, atendiendo la invitación de José Antonio Marques, vicepresidente de la Asociación, estuvimos en La Compañía, verdadero paraíso de alcornocales y regadíos propiedad del Estado, del que los socios de la Asociación disfrutaban con sus canes como apoyo a la recuperación del patrimonio cultural portugués que la raza supone. La mañana amaneció revuelta, amenazadora de lluvia. Mal comienzo para el cometido que allí nos había llevado: dar testimonio gráfico del valor y las aptitudes de una de nuestras tres razas ibéricas de muestra, el “vecino desconocido”, el perdiguero portugués. Este calificativo tan apropiado lo tomo prestado de mi amigo Marques, quien, consciente del tesoro cinófilo que maneja desde hace tantos años, se muestra tan sorprendido por el desinterés del cazador español por su raza, como orgulloso y deseoso de mostrarla y desvelar su potencial al vecino venador.

El día, malo para las cámaras pero inmejorable para los perros, termina con quien escribe fascinado por la raza. El perdiguero lusitano, como ocurre con el virtuoso del toreo o el genio del fútbol, guarda en sí mismo lo esencial: la belleza de la sobriedad y del hacer natural, sin ornamentos ni estridencias estériles, sin excesos en sus maneras, con pasión que no desborda e inteligencia regidora de toda acción de caza.

Pero vayamos por orden. De entrada he de reconocer que acudí a la cita con ciertos prejuicios -inconscientes quizá pero tóxicos- sobre la raza. El desconocimiento es a lo que lleva, a abrazar tópicos, a permitir que el prototipo de raza ibérica de muestra, del que sí somos conscientes (perro trotador, tendente a la abulia, mostrador indolente, bla, bla, bla...), se instale en la cabeza de uno. Gracias a Dios, la experiencia me ha ido haciendo menos tendente a estos juicios

anticipados sobre las razas y más flexible y objetivo a la hora de emitir juicios una vez que la observación sobre el terreno me ha abierto los ojos. De hecho, con el portugués no hizo falta esperar al final de las dos intensas jornadas de trabajo, ni tampoco a ver hasta el último de los veintidós perros que allí cazaron, sino que los quince minutos de bien hacer de la primera pareja sobre codornices fueron suficientes para derribar, de una buena colleja, todos mis prejuicios.

Estos *perdigueiros* cruzan el campo raudos, con la nariz hacia las nubes como el más ventor de los pointers y las orejas adheridas al cogote al ritmo del más combativo braco alemán *trialer* de Caza Práctica. Muestran cual ‘estaca’ con la firmeza de un setter y patronean espontáneamente por instinto como cualquier británico. En el agua emularon al labrador y a cuatro grados de temperatura no quedó pato muerto ni herido en la laguna, demostrando una vez más su arrojo y pasión por el cobro. Todos ellos, los veintidós, portaron la caza muerta con una firmeza de boca y una presteza dignas de un drahthaar, y todo ello sin perder el contacto con la escopeta.

El descubrimiento de este animal ha supuesto una gratísima sorpresa para mí, así como grato ha sido también comprobar que la raza está en buenas manos. Los prejuicios son a veces inevitables, pero la cuestión estriba entonces en cómo los articulamos. Yo quisiera humildemente contribuir a la difusión de nuestras razas ibéricas, no sólo con mi participación a modo de artículos y nuestra serie, a punto de estrenarse, de documentales sobre nuestro patrimonio cinológico, sino también animando al resto de asociaciones y clubes, en especial de las razas de muestra ibéricas, a emprender un camino de comunicación entre ellos. Al fin y al cabo, como dice Marques, tienen los mismos problemas. El hermetismo, los complejos y el mirarnos siempre el ombligo suponen una rémora para la recuperación y la difusión de estos tesoros tan valiosos como desconocidos para el cazador de la ‘piel de toro’.

Me he encontrado con un *perdigueiro* bien consolidado en su país, con gran tipicidad y homogeneidad y con una asociación consciente de los problemas, que son extensibles a todas las razas en recuperación, como la consanguinidad, la influencia genética cuestionable de otras razas, la falta de criterios comunes en los criadores, la ausencia de unos objetivos de selección claros, la carencia de medios económicos y apoyos, la competencia con otras razas alóctonas de moda... Empezar por reconocerlos es empezar bien, unirse para enmendarlos es una buena continuación. Mis más sinceros agradecimientos a todos los miembros de la Asociación del Perdiguero Portugués. □

